

PANBRELLA

Jesús Remis Fernández

Llovía a mares. Siempre llovía a mares en aquel lugar. Yo sabía que siempre llovía pero aun así me olvidé el paraguas en casa. Es increíble, todos los días necesitas coger tu abrigo, con capucha, tus llaves de casa y tu paraguas. Al menos es mejor dejarse el paraguas que las llaves de casa, porque más vale estar bajo techo que bajo paraguas, pero al fin y al cabo ahora estaba bajo aguas y sin ninguna clase de techo.

Me refugié momentáneamente pegado a una pared de un edificio pensando en que pronto escamparía. Claro que donde siempre llueve, difícil es que escampe. Pasaba un hombre caminando acelerado, cubierto con su aparato de varillas negro y con punta afilada, con una bolsa de papel que se despedazaba a cada paso. Cuando se alejaba la bolsa se rompió y de la bolsa se deslizó al suelo una caja de madera delgada y alargada. El hombre no se enteró del suceso y nadie más parecía haberlo visto, así que corrí apresurado hasta la caja, la agarré como a un bebé y la arrojé con mi abrigo mientras corría a resguardarme en el rellano de un portal que tenía la puerta abierta.

Era una caja de madera que parecía contener una botella, era como esas viejas botellas de precios caros que sirven con estuche y mucho savoir faire, además tenía un grabado que recordaba a una marca de vino, champaña o algo similar. “Panbrella” rezaba con letras góticas el escrito marcado en la tapa de la cajita. La curiosidad me acarició la mano diciendo “a qué esperas, ábrelo”; pero antes miré a un lado y a otro.

Separé el pequeño broche metálico y comencé a levantar la tapa al mismo tiempo que se abría mi boca. Toda la expectación se terminó cuando observé que se trataba de un paraguas. Lo cogí y solté la caja, que dejé allí tirada con gran disimulo. El paraguas tenía algo curioso, parecía tener un brillo extraño en su tela azul, las varillas eran increíblemente simétricas, la punta redondeada y la empuñadura similar a la de un bastón de madera, terminando en su extremo con una pequeña esfera cristalina. Pero tal vez solo fuese por su olor a nuevo.

El caso es que a pesar de todo la vida me sonreía, había encontrado un paraguas en plena lluvia que me permitiría no llegar empapado al trabajo. Salí del portal y me apresuré a abrirlo, pero él solo se accionó en cuanto unas pocas gotas tocaron la superficie, desplegándose. Era, a decir verdad, algo pequeño, pero en cuanto lo coloqué por encima de la cabeza pareció taparme completamente, como si se retrajese o aumentase según las circunstancias.

En ese momento me di cuenta de que paraba de llover, rápidamente un viento inexistente se llevó las nubes que tanto tiempo venían asediándonos y apareció el anegado sol. Boquiabiertos y sonrientes nos quedamos los que por allí caminábamos mirando hacia el cielo que, aun entre tanto edificio alto, nos mostraba tan agradable espectáculo: el arco iris. Pero cuán grande sería nuestra sorpresa al descubrir un segundo fenómeno de colores fuertes y firmes a la par que el anterior.

Varios minutos pasaron hasta que me di cuenta de que aún llevaba el paraguas abierto. Lo cerré. De repente desaparecieron los arco iris y algo trajo rápidamente las nubes que

descargaron un buen cargamento de agua al instante. ¡Increíble! Abrí de nuevo el paraguas y todo se clareó hasta contemplar el sol. No me lo podía creer.

Necesité varias pruebas más para cerciorarme de que al abrir aquel paraguas el sol salía y al cerrarlo seguía lloviendo. Una maravilla, sin duda. Caminé alegre durante varias manzanas hasta que me di cuenta de que la gente me miraba inquisitiva, ya que todos llevaban sus paraguas cerrados y yo abierto. Obviamente no podía explicarles aquello y decidieron reírse de mí diciéndome que estaba ciego o que si era subnormal. Cerré el Panbrella y al momento volvió a llover, y con la lluvia los viandantes volvieron a correr.

Al final decidí que si la gente no apreciaba el sol en el cielo lo suficiente como para no preocuparse del que pasa a su lado, ya sea con paraguas abierto o cerrado como hacían ellos mismos hacía escasos minutos, no habría sol para nadie. Resolví mantener el paraguas cerrado y que continuase la lluvia, porque la gente no estaba preparada de ningún modo para recibir la claridad. Y así es como encerré de nuevo en su caja el paraguas que por vergüenza no abrí para bien de todos.